

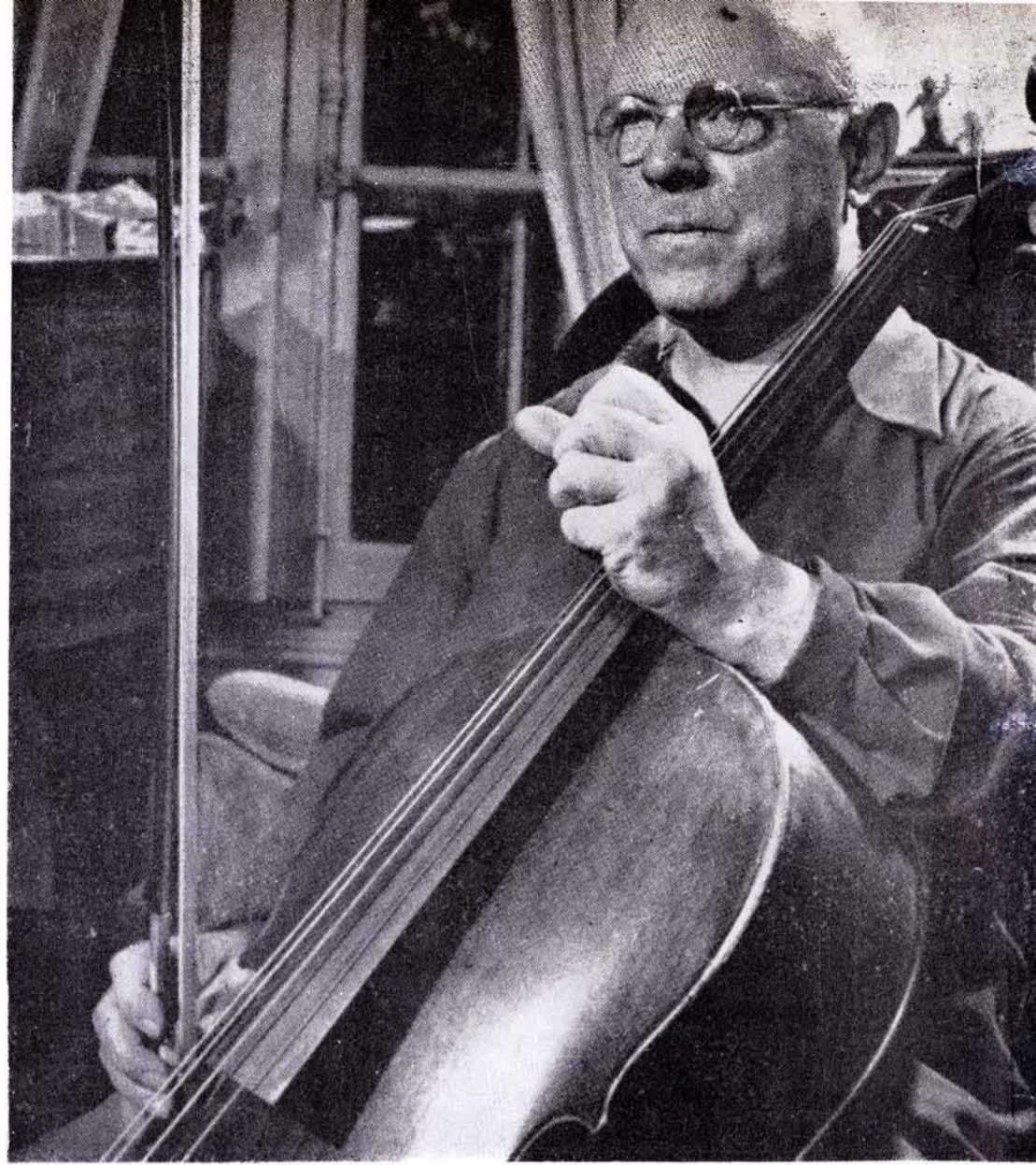
Jorge Ramón JUAREZ

PRADES, geográficamente villa del Rosellón; espiritualmente atalaya de la dignidad republicana del mundo, amaneció de pronto en la conmovida policromía del mapa de Francia, al caer en ella, como el impacto de un meteoro en el azul de un mar en calma, el nombre de Pablo Casals: "La música hecha hombre".

El artista se refugió ahí, a una zancada de la frontera, para no alejarse ni un metro más de España, porque hay ocasiones en que la ya forzada elasticidad de la raíz no permite que el tronco se mueva un ápice siquiera. Con su arte y con su dignidad —elementos substanciales de su carácter— reafirmó para sí la admiración de insignes maestros o vehementes melómanos del mundo, quienes, al congregarse en la pequeña iglesia de San Pedro de Prades, con el fin de escuchar la música de Bach en su exacta dimensión emotiva y dogmática, aplaudían no solamente el triunfo de una interpretación insuperable, sino el gesto —ejemplar también— del patriotismo hecho hombre.

Se inició entonces ésta que podemos llamar tradición musical de los Festivales de Prades. Y México, musical, tradicionalista, patriota por excelencia, alzó el telón de cristal de su Palacio de las Bellas Artes, dando hospitalidad a la fiesta que venía con orquestaciones de ventiscas y aludes pirenaicos y con cadencias de marejadas mediterráneas, en la conjugación exacta de dos auténticas disciplinas estéticas: el imperio de la batuta y la sumisión del chelo; una y otro en el ámbito de la montaña y el mar.

Si Chopin hizo de Valldemosa la capital de un sueño libertario, Casals hace de Prades la metrópoli de una realidad avasalladora. Ambos, artistas,



PABLO CASALS

LA MUSICA HECHA HOMBRE

músicos, maestros, patriotas por antonomasia; ambos, también, intérpretes de dos maestros absolutos: el arte y la libertad.

Casals nació en Cataluña, Cataluña, en la más acendrada alcurnia musical de la cultura mediterránea. Clavé la sembró de coros y orfeones que cantaron a plena voz las gestas del Principado; Albéniz la hizo cuna de la escuela española de piano; y desde la lira incendiaria de Nerón, hasta la guzla del último abencerraje, Cataluña depura las excelencias de las corrientes musicales de Europa y del Oriente, en ese su prodigioso mestizaje de razas, de sentimientos y de ideales.

El hombre de todos los tiempos, antes, en la plenitud o en el ocaso de asombrosas culturas, levantó templos en holocausto a sus dioses. En la época contemporánea, Cataluña erige un Palacio —templo pagano quizá— al genio tutelar de su música.

Son éstas algunas de las razones que asistieron a México, para erigirse en sede y presidir el patronato pro Festivales de Prades en la América Latina y a iniciar los mismos con la temporada intermedia de la Orquesta Sinfónica Nacional.

Con tal motivo, al sumarse al homenaje universal a Pablo Casals, allegó al Comité Organizador presidido por don Carlos Prieto, algunos de sus mejores elementos musicales; esta breve temporada, intermedia de las de primavera y otoño, fué dirigida por el titular de la Sinfónica Nacional, Luis Herrera de la Fuente y su fundador Carlos Chávez, quienes llevaron la batuta en cuatro conciertos, quedando la dirección de los dos restantes a cargo de los huéspedes Wilfrid Pelletier y Edward van Remoortel. Fué distinguida la actuación de los solistas Klara Kacz y Eugene Istomin, pianistas; Rose Bampton, soprano dramática y Hermilo Novelo, benjamín de los violinistas mexicanos.

Juventudes Musicales de México sumó también su entusiasmo y calidades al homenaje, presentando cuatro recitales con la actuación de jóvenes valores en pleno camino del concertismo.

De los programas dirigidos por Carlos Chávez merecen mención especial la Sinfonía No. 4 de Brahms y la Patética de Tchaikowsky, que posteriormente fué dirigida también por Igor Markevitch; ambas versiones —la de Chávez y la de Markevitch— fueron excelentes, claro está que con la personalidad característica de cada uno de los dos directores, que lograron obtener interpretaciones orquestales de diversos matices. Lo patético en lo mexicano tiene notable semejanza con el "pathos" de los compositores eslavos y el sentido de lo trágico en nuestro carácter, guarda paralelo indiscutible



CARLOS CHÁVEZ



HELMUT THIERFELDER

HENRYK SZERYNG



EDWARD VAN REMOORTEL





HIGINIO RUVALCABA

HERMILO NOVELO



con lo trágico de Dostoiewsky, Andreyev, Tchaikowsky o Shostakovich. La versión de Markévitch resultó más equilibrada, pero no por ello menos profunda y desgarradora, por el absoluto dominio de los planos y de los tintes orquestales. La interpretación que Chávez dió a la IV Sinfonía de Brahms nos reveló, después de muchos años de oír al maestro mexicano, su acercamiento a la severidad escultórica del compositor alemán. La orquesta alcanzó a plasmar ese sentido pastoso, casi marmóreo en ocasiones, del compositor que, junto con Bach y Beethoven, integra la trilogía de los dioses mayores del arte musical alemán. No faltó la ejecución alucinante que en otras ocasiones habíamos escuchado ya, de la suite "El Pájaro de Fuego", de Stravinsky, obra de batalla con la que el maestro mexicano ha encendido siempre el entusiasmo del público. Lo mismo puede afirmarse de la Chacona de Buxtehude-Chávez y los tres bocetos sinfónicos "El Mar", de Debussy, obras también de repertorio desde los tiempos heroicos de la Orquesta Sinfónica de México.

En los programas dirigidos por Luis Herrera de la Fuente figuraron las Variaciones sobre un tema de Purcell, de Britten; la V Sinfonía de Tchaikowsky y el Concierto No. 2 para piano y orquesta, de Rachmaninoff, en el que figuró como solista la pianista Klara Kacz. En el último concierto, Eugene Istomin ofreció una magnífica interpretación del IV Concierto de Beethoven, en cuyo segundo movimiento, "andante con moto", pudimos apreciar un cántico digno de figurar entre las mejores versiones.

De los directores huéspedes, Wilfrid Pelletier, quien se presentó teniendo como solista a su esposa, la eminente soprano dramática Rose Bampton, lo más hermoso que se escuchó fueron las canciones de Richard Strauss y las selecciones de L'Enfant Prodigue, de Debussy y dos lieds de Obradors tituladas "Del cabello más sutil" y "Tumba y Le".

Rose Bampton, singular cantante norteamericana, pertenece a la generación emanada del Instituto Curtis de Filadelfia; tiene brillante historial como cantante de ópera y liederista y las versiones que nos ofreció en pleno esplendor de su órgano vocal, bajo la docta batuta de su esposo Wilfrid Pelletier, hicieron de este concierto una noche de verdadero arte, que favoreció el noble propósito perseguido por los patrocinadores del festival.

Edward van Remoortel acompañó a Novelo en el Concierto para violín y orquesta en Re Menor de Sibelius y el solo hecho de que Novelo, muy joven aún, aborde este tipo de obras, demuestra que no obstante estar ya consagrado como uno de nuestros mejores violinistas, se preocupa por renovar su repertorio y ofrecer obras de intrínseco valor musical, sin recurrir a otras obras del repertorio, con las que se adula al público y se obtiene fácil éxito.



ROSE BAMPTON



WILFRID PELLETIER

KLARA KACZ

